

ojo. La fuente de la vida, al salir en cueros en chorro germinal.

La novela, con su terrorismo, desafiado infantil y alegoría, hay que sorprenderla a ras del brote.

Por eso el espectador—el lector—, si tiene imaginación, necesita mirar alternativamente al écran y al agujero.

Todo esto, que son cerca de dos páginas de la novela, lo ha dicho el novelista entre paréntesis como prólogo a la presentación, digamos mejor a la auto-presentación, de don Enrique Contreras y Montes de León. El novelista pretende coger a su personaje para insertarlo en un capítulo pero éste, malhumorado, muerde la mano al novelista. Por fin comprende que no puede dejar sola a Silvia, su hija, en la peripecia de la novela y se decide a presentarse él mismo.

Oigamos al astral personaje en su esotérico y demencial vocabulario:

Muy joven aún, nací. Hace ya sesenta años. Yo vivía desde hace algún tiempo pero me hice carnalmente visible al nacer. Entonces cambié la juventud infusa de mi yo perialtal por la juventud sustituta de la vida humana. Los teósofos me comprenderán perfectamente.

La realidad exterior de los hechos no significa nada. Sólo hay superrealismo. Fuera del superrealismo quedan, danzando aisladas y torpes en el aire de las biografías, las fechas de los registros civiles. La fecha que no pasa de ser—¡nunca!—ficha y fecho.

Sigue su monólogo pintoresco el personaje hasta consumir su presentación que el autor con gesto, entre risueño y meditativo, escucha desde bastidores.

Esta obra que arbitrariamente su autor ha calificado de novela, y que

apologistas desatentados han llegado a proclamar «novela pura», da plena razón a Croce cuando niega los géneros literarios. Hay aquí de todo: trozos poemáticos, pedazos de ensayo sobre la técnica literaria, elucubraciones bufo-trascendentales de un sospechoso misticismo teosófico, anotaciones de obra teatral que a ratos se transforman en movida acción cinematográfica, diálogos y monólogos tras los cuales el autor se esconde para mostrar desnuda el alma de sus personajes. Y, por sobre todo, una fina calidad irónico-humorística que se derrama sobre personajes y paisajes sin olvidar al propio autor. — *Roberto Meza Fuentes.*

THE WELLS OF LONELINESS, por *Hall Radclyffe.*

La inversión sexual se ha presentado bruscamente en las letras británicas con un relieve y vigor insospechados. El problema latía desde mucho antes en el ambiente propicio de los colegios, del deporte promiscuo, de las peligrosas relaciones de la vida juvenil. Estas cosas ponían un halo de pavor ante la vista de la High Church, y el Dean Inge nunca las toca en sus sermones literario-políticos, que dan la severa pauta del puritanismo inglés. La señorita Radcliffe plantea el asunto entre las de su sexo y provoca violencias estridentes. El asunto existe. Bien claro se deja ver en este libro desigual, no siempre grato y que, en ciertas páginas, se torna pesado hasta la fatiga.

La guerra ha desnudado las almas y ha puesto por delante de Europa el

pavoroso problema de su moralidad caduca. No bastan las Iglesias, ni los credos filosóficos para detener la oleada de naturalismo. No bastan las fuerzas morales para impedir que la gente se mate. La ciencia sirve al odio y la química se afina para ahogar y destruir los tejidos humanos. El sentido del tiempo se acelera y, por un contraste brusco, brota de ese cambio una mayor lentitud en las creaciones literarias. Nada es inútil dentro de la vida intelectual. El detalle, el aspecto mórbido, la finura analítica, la quinta esencia sublimada, todo sirve ahora para tejer redes de fantasía y de análisis. Más de lo último que de lo primero.

Lo sexual también adquiere un carácter insospechado. La vida de las trincheras, la carencia de mujeres, precipitó lo otro. Y la costumbre parece que halló un campo abonado para que fructificaran allí las plantas más perversas y deformes. En Inglaterra estas cosas venían sintiéndose desde hacía años. El deporte no formaba más viriles a los hombres y en sus encantos se ocultaban atracciones inconfesables. Wilde pagó su tributo al ambiente, y las propias leyes se trataban de aprovechar con el fin de ahorcar los instintos perversos. El prologuista de Mrs. Radcliffe, el célebre Havelock Ellis, ya había introducido su escalpelo en el rico material humano de la inversión. Ahora se combina la experiencia de una novelista con no poco de «cientismo» en lo que forma «los pozos de la soledad». Stephen Gordon y su excéntrica infancia dan aquí la clave de muchas aberraciones posteriores. Quizá ese sea el mejor aspecto de la novela que movió a es-

cándalo al *Sunday Express*, órgano rabiosamente puritano de Lord Beaverbrook.

No es el momento de extenderse sobre la inversión sexual, pero conviene decir que en Inglaterra el problema ha despertado una resistencia estúpida que justifica el dictado de hipócrita lanzado sobre su enseñanza. El miedo a la mujer, el escándalo ante los problemas de la pubertad es tal, que los buenos «baronets» y los engolados dueños de cotos y campos de golf y tennis prefieren disimular ante las realidades más putrefactas que encauzar la educación de los jóvenes ingleses. El libro reciente plantea—sin quererlo tal vez su autora—una serie de cuestiones fundamentales para el hombre de estudio. Allí se determina, con riqueza de contenido psíquico, lo que empuja a la protagonista hacia el pozo o los pozos de la soledad. Pozos son estos que admiten compañías peligrosas y atrayentes. . . .

El asunto termina con gran fuerza emocional y la novela resiste la dificultad del tema sin caer en lo grosero. Allí alienta todo el talento inglés, que muchas muestras ha dado de poder soslayar lo escabroso y nefando.

Aspectos complicados y dignos de piedad—dice la autora—son los que presenta la inversión sexual entre las mujeres. Algún crítico maligno ha visto morbosidad en la obra, y el puntilloso Mr. Joyson Hicks advirtió a los editores y bibliotecas populares que retiraran la edición. La fuerza social de Inglaterra se revela magnífica en tal incidente. Bastó la insinuación para que se quitara el libro de las bibliotecas circulantes y de los escaparates de las librerías. ¿Para qué

sirven las leyes en Gran Bretaña si las fuerzas sociales son tan aborregadas y mansuetas? Quizá—dirán los partidarios de Lord Beaverbrook— con el fin de impedir las futuras tentaciones.

Ya se había prohibido el *Ulysses* de James Joyce, especie de biblia profana de lo obscuro y anormal. Pero, al lado de esto, resurge un vitalismo sexual que alcanza a la literatura y arranca la precaria etiqueta moralista que se ha colocado sobre los sexos. Lawrence, Clemence Dane, Wells en *The secret places of the heart*, Virginia Woolf y hasta el viejo George Moore se detienen ante los ricos problemas de la sexualidad post-bélica.

En Francia tales asuntos, que han llenado los últimos volúmenes de *A la recherche du temps perdu* de Proust y que preocupan a Mauriac, Montherlant, Paul Reboux, Gide y otros escritores notables, ya pertenecen, por su insistencia, al osario de los lugares comunes. En Inglaterra se han complicado de dos maneras: por la hipocresía social del ambiente y por la mayor maestría de los novelistas.

El drama silencioso de la inversión ha promovido páginas admirables en el libro que nos ocupa. Es imposible escapar al deleite moroso con que su autora escarmena la trama de estas pasiones anormales. Decimos anormales con el temor de incurrir en un disparate. No hay nada anormal en el mundo del análisis. ¿Por qué ha de ser anormal un invertido al ser mirado en aspectos literarios y patológico-sexuales? No hay anormalidad cuando un individuo sigue los propios impulsos y hace una raíz de vida con ellos.

Los invertidos natos quizá sean incurables y por su mundo acaba por difundirse una especie de normalidad anacrónica. Tienen sus maneras, su lenguaje especial, sus signos—como muy bien anota Havelock Ellis—, su especie de masonería tenaz y solidificada. En *The sexual inversion* recordamos haber leído que los peluqueros de Berlín—casi todos homo-sexuales— se reconocían por unos ligeros apretones de mano.

La literatura tiene aquí un campo riquísimo que no hay por qué rehuir.

Quizá las exploraciones mórbidas en este coto hasta hoy inexpugnable sean más ricas en descubrimientos que los ensayos de los médicos y literatos «cientistas» como Carpenter en el *Love's Coming of Age*.

El pozo de la soledad, esto es la inversión femenina, es de una intensidad pasional que supera, en ocasiones, a los desvíos masculinos. Conocemos casos en que la exacerbación llega hasta el asesinato, provocando también celos y complicaciones desconcertadoras.

En Chile aún nadie ha tocado los problemas sexuales, ni siquiera los más primarios (1). Todos vivimos dominados por un miedo y una hipocresía colectivas de que participan las instituciones más venerables. Nuestra vida intelectual no recibe gran estímulo con los problemas que la época más juvenil y desenfadada ha puesto muy vivos ante la pupila del artista y del observador. Toda la Colonia está poblada de hechos sexuales

(1) Hago la excepción del ensayo *Derivaciones del problema sexual*, de Domingo Melfi, publicado hace poco en *Atenea*.

pavorosos: anormalidades, incestos, animalidad, bestialidad. Recordamos haber conocido expedientes calofriadores cuando revisamos el viejo Archivo de la Real Audiencia.

La clave de muchos fenómenos colectivos, de mucha idioteces, de innumerables degeneraciones reside en el conocimiento de tales sucesos.

En el norte de Chile hay pequeñas aldeas—que conocemos—donde la idiotez se pinta en muchos rostros. Rastreando el origen ancestral de esto lo hallamos en la promiscuidad y el incesto superabundantes allí.

Familias histéricas, grupos de epilépticos, atacados de delirios religiosos, pequeños sátiros locales que no respetan ni las personas familiares, forman una riquísima antología patológica.

El incesto, la inversión, los vicios solitarios colectivos o aislados en los internados y mil cosas más que entran en el oscuro dominio de «the well of loneliness» constituyen parte de tal haz monstruoso.

Ojalá que la lectura de esta novela o de otras semejantes determinara a nuestros escritores a bucear en el complicado mundo sexual de Chile. No deseamos fomentar la pornografía ni mucho menos, pero pocos países encierran un tesoro de anormalidad más sugerente que el nuestro.

Dentro de una explicación de muchos fenómenos político-sociales que intentamos, tendrá gran aporte el sentido psicopatológico, y, sobre todo, en los aspectos sexuales. Muchos actos que hoy aparecen oscuros o inexplicables por otros conductos, se aclaran de esta manera. Conocemos a un político cuyo destino se determi-

nó en un sentido debido a su origen sacrílego. Y hay otros casos interesantes de que trataremos en otra ocasión.

Nuestro largo conocimiento del mundo eclesiástico y congregacionista nos ha dado una experiencia, que Dios mediante, utilizaremos algún día en una novela. Estas y otras reflexiones ricas y densas contiene en germen *The wells of loneliness*. Ojalá que de su conocimiento otros saquen mayores sugerencias.—*Ricardo A. Latcham*.

CRITICA

MIGUEL DE UNAMUNO, NOVELISTA-
POETA-ENSAYISTA, por *M. Romera-Navarro*.

El autor de este libro (1) ha conocido personalmente a su protagonista pero, no obstante, su obra estará desprovista de exaltación y tendrá, hasta donde ello sea posible, la objetividad suficiente para mostrar a quienes no conocen la múltiple personalidad literaria de don Miguel de Unamuno.

Porque el autor, catedrático en la Universidad de Pensilvania, no se despoja en un solo momento de su hierática actitud profesoral. Lo imaginamos en un curso académico entre sus discípulos rubios que deben hablar un español estrafalario, vertiendo, con profesional paciencia, las páginas ardientes de *El sentimiento trágico* sin perder la compostura del expositor

(1) *Miguel de Unamuno. Novelista. Poeta. Ensayista*, por M. Romera-Navarro. Madrid, Sociedad Española de Librería.